

FRAY MANUEL DE SAN JUAN CRISÓSTOMO NAJERA
(1803-1853), PRIMER LINGÜISTA MEXICANO

IGNACIO GUZMÁN BETANCOURT

La historia de la lingüística en México —por lo menos de la lingüística de corte antropológico— está aún por escribirse. Ciertamente no han faltado intentos tendientes a trazar dicha historia, pues el tema lo han abordado ya, de distintas maneras y diferentes propósitos, algunos estudiosos tanto mexicanos como extranjeros: Francisco Belmar, Nicolás León, Wigberto Jiménez Moreno y Norman McQuown, entre otros.

Asimismo, cabe recordar que, en ese sentido, la monumental labor histórico-bibliográfica efectuada por estudiosos como Eguiara (1755), Beristáin de Souza (1816), García Icazbalceta (1886), La Viñaza (1892) y Wagner (1946), puede considerarse en gran medida orientada hacia ese fin.

Sin embargo, pese a todos esos esfuerzos, se puede afirmar que hasta el presente sólo disponemos, para ese importante capítulo de la historia de la ciencia mexicana, de bosquejos parciales y, por lo tanto, insuficientes para dar cuenta integral de la lingüística mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días.

Cualquiera se sorprendería al comprobar, mediante un atento análisis, que la ciencia lingüística en México tiene raíces muy profundas en el pasado, y que en ella se han dado no pocos momentos de gran acierto y originalidad.

La labor lingüística desarrollada en México durante el periodo colonial, a pesar de su importancia, es considerada por muchos únicamente como producto de una aplicación servil e intrascendente del método de análisis ideado y empleado por Antonio de Nebrija en 1481 y 1492 para describir la estructura gramatical de las lenguas latina y castellana.

Esta idea —que, dicho sea de paso, no carece totalmente de verdad— ha estado presente en el pensamiento de muchos estudiosos de las lenguas de México, y tal vez sea la causa de que otros con-

sideren ocioso buscarles méritos a esos trabajos pioneros, si todos se amoldan a un mismo esquema de análisis.

Por lo que respecta al periodo post-colonial, concretamente del lapso comprendido entre 1821 y 1900, muchos no dudarían en considerarlo totalmente falto de interés, por encontrarle vínculos directos con las tendencias histórico-comparativas, características de la lingüística europea del siglo xix.

Si exagerar demasiado la cuestión, se puede afirmar que del análisis detenido de los trabajos que se han efectuado sobre las lenguas indígenas de México, y mediante la adopción de una perspectiva histórica adecuada, se puede llegar a conclusiones muy distintas de las que comúnmente se tienen respecto de la lingüística mexicana.

Estas consideraciones generales se han expuesto con la finalidad de situar, lo más adecuadamente posible, la figura de fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, en el ámbito de la historia de la antropología, y más concretamente en la historia de la lingüística mexicana.

¿Quién fue el padre Nájera para que su nombre figure entre la pléyade de personalidades que han contribuido con sus ideas, planteamientos y trabajos concretos, pero sobre todo con su interés y dedicación, a la conformación de lo que actualmente conocemos como *antropología mexicana*?

Lo más seguro es que hoy, en 1987, muy pocos sean los que recuerden el nombre de fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, a pesar de que en su tiempo —primera mitad del siglo pasado— fuera uno de los hombres más renombrados y apreciados del país, y cuya fama llegaría incluso a trascender ampliamente nuestras fronteras.

De no haber sido así, ¿hubiera empuñado la pluma el mismo Lucas Alamán para componer, a raíz de su fallecimiento, un extenso ensayo bio-bibliográfico sobre el fraile en cuestión? ¿O el no menos ilustre historiador Francisco Sosa le habría dedicado un capítulo de su obra *Biografías de Mexicanos Distinguidos*, capítulo que García Cubas reprodujo íntegramente en su *Diccionario*?

¿A qué circunstancias concretas debió fray Manuel de Nájera su celebridad, al grado de que historiadores tan insignes como los señalados se hayan preocupado por redactar su biografía?

Antes de pasar a dar respuesta a esa cuestión, creemos oportuno señalar que, a juzgar por los datos que nos proporcionan sus biógrafos pero también según lo que entrevemos de la lectura de sus escritos, la personalidad del padre Nájera se presta admirablemente para estudiarla desde diferentes puntos de vista.

En efecto, los estudiosos del desarrollo histórico de ciertas discipli-

nas como la historia, la teología, la pedagogía, la filología, la lingüística, etcétera, hallarían no pocos puntos de interés en el análisis del pensamiento que este autor dejó impreso en sus escritos. En el presente ensayo, dadas las características de la obra para la que fue redactado, se atenderá únicamente a exponer y justificar su lugar en la antropología mexicana, es decir sólo en cuanto estudioso de las sociedades indígenas de México, y en particular de sus lenguas.

Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera nació en la ciudad de México el 10 de mayo de 1803. Por tal razón, le estaría dado vivir en una época de grandes cambios, presenciando acontecimientos que sacudirían radicalmente su entorno histórico, político y social. A la edad de 7 años, en efecto, le toca vivir el suceso histórico que le hará pasar, después de 1821, de súbdito del imperio español, a ciudadano mexicano. Luchas sangrientas, inestabilidad política e inseguridad social son algunos de los acontecimientos que el joven Manuel de Nájera vive día con día.

Sin embargo, esos hechos no logran desvirtuar de su carácter dos tendencias esenciales que se observan en él, desde su más temprana edad, y que se robustecerán a medida de que transcurre su vida: su marcada inclinación por la vida religiosa, y su vocación por el estudio y cultivo de las letras. A la edad de 15 años, en efecto, ingresa —no sin haber encontrado alguna resistencia por parte de su familia— en la orden de carmelitas, en el convento que éstos tenían en Puebla, pasando luego al de México, tras su profesión, en junio de 1819. En 1826 se ordena sacerdote, después de haber terminado con éxito los estudios reglamentarios de filosofía y teología.

Favorecido, en parte por los acontecimientos políticos ocurridos poco después de su ordenación (los cuales, entre otras consecuencias, acrecentaron la disolución temporal de su orden y la expulsión del país de los monjes españoles que ella albergaba), pero sobre todo debido a su notable preparación, el joven padre Nájera fue designado prior del convento carmelita de San Luis Potosí en abril de 1828, esto es, a escasos días de cumplir los 25 años de edad.

Sus biógrafos consideran que esa designación fue altamente favorable para el joven prelado, pues representó para él una muy buena oportunidad para que se dedicara más holgadamente al cultivo de ciertas disciplinas, sin descuidar naturalmente sus obligaciones ministeriales. Entre las disciplinas que cultivó (y difundió) con mayor gusto y entusiasmo, estaba la filología.

Cierto, en palabras de sus biógrafos,

esta posición independiente le proporcionó dedicarse al estudio, cultivando los idiomas clásicos antiguos, los principales modernos, y los de las diversas naciones que poblaban nuestro país antes de la conquista, en que llegó a adquirir profundos conocimientos...¹

Ahora bien, ya antes mencionamos que esta marcada inclinación del padre Nájera por el estudio de cuestiones filológicas se manifestó en él desde su más temprana juventud, a la par de su vocación religiosa. Es muy posible que su padre, don José Ignacio de Nájera, originario de Valladolid (hoy Morelia) haya tenido mucho que ver en la aparición de esos dos rasgos esenciales del carácter de su hijo Manuel. Como éste, don José Ignacio, en su juventud, había frecuentado el seminario, en donde había destacado en los cursos de latín y, en general, en el estudio de las humanidades. Por consiguiente, es natural suponer que el padre familiarizara a su hijo, desde su más temprana edad, en el conocimiento de las lenguas y en el cultivo de las humanidades.

Y, como reza el refrán: “no es buen alumno el que no supera a su maestro”, Manuel de Nájera vá más allá de su padre y maestro, distinguiéndose no sólo por el manejo y estudio de los idiomas clásicos y modernos, sino que, además muy pronto destaca como orador sobresaliente. En efecto, ya desde sus tiempos en San Luis, sus sermones en el púlpito, sus discursos, conferencias y charlas en los círculos sociales que frecuentaba resultan tan floridos y elocuentes, que le acarrearán fama y admiración. No en balde fray Manuel adoptó, como nombre religioso, el de San Juan Crisóstomo, el de la “boca de oro”.

Ahora bien, como es de suponer, las actividades del padre Nájera durante el desempeño de su cargo en San Luis, no se limitaban a la ejecución de obras pías, al desarrollo de actividades culturales, a la realización de tareas educativas, etcétera, sino que también incluyen su participación activa en asuntos de política local y nacional. ¿Cómo permanecer ajeno a la política en una época tan conflictiva como la suya?

El padre Nájera, al igual que la mayoría de los eclesiásticos de su tiempo, tiene sus propias convicciones políticas, por las que luchaba decididamente con las mejores armas que le estaban dadas por naturaleza: su inteligencia y su palabra.

Pero, como la militancia en cualquier partido, o la adhesión a cualquier grupo político —sobre todo en momentos de constante estado

¹ Lucas Alamán, *Noticia de la vida y escritos...*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1854, p. 7.

de alerta— implica toda clase de riesgos, la simpatía y adhesión que el padre Nájera voluntariamente suscribió en favor del *Plan de Jalapa* (diciembre de 1829), iba a ocasionarle un sensible cambio en el rumbo de su vida.

En efecto, en el año de 1833 (Nájera había regresado a la capital a principios de 1831 para ocupar el cargo de rector del colegio de San Ángel), los disturbios políticos ocurridos en aquel año provocaron el triunfo del partido al que tres años antes, en San Luis, Nájera había contrariado. En venganza, los otrora agraviados le obligan a salir del país, junto con un gran número de personas *non gratae* para ese partido, entre las que se encontraba el ex-vice-presidente Bustamante.

Nájera es deportado hacia los Estados Unidos. Sus biógrafos nada mencionan acerca de las etapas del trayecto que siguió hasta llegar a la ciudad de Filadelfia, donde habría de permanecer hasta su retorno a México, en mayo de 1834; es decir, a poco más de un año después de decretado su destierro.

En aquella ciudad, tal vez por disponer de más tiempo para dedicarse al estudio, se consagra casi por entero a la investigación filológica y lingüística, como lo demuestran dos de sus escritos de ese carácter redactados en ese lugar y que son, indudablemente, los que más fama y reconocimiento le valieron en el mundo científico.

En efecto, el padre Nájera —no sabemos por cuáles medios— logró introducirse en la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia, agrupación en donde pronto trabó contacto con algunos de los sabios norteamericanos y europeos más destacados de aquel tiempo.

Precisamente a esa ilustre corporación dirige Nájera los mencionados trabajos lingüísticos: la *Disertación sobre la lengua othomi* y la *Gramática de la lengua tarasca*.

Fue sin duda al primero de ellos, la *Disertación sobre la lengua othomi*, el que más fama y reconocimiento le acarrió, en parte por ser el escrito lingüístico más extenso e importante de los dos que publicó durante su vida (la *Gramática de la lengua tarasca* permaneció inédita hasta muchos años después de su muerte), y en parte —o sobre todo— por la novedosa tesis que allí expone: el carácter monosilábico del otomí y su posible parentesco con el chino.

La *Disertación sobre la lengua othomi*, además, fue objeto de dos ediciones, ambas en vida del autor. La primera, redactada enteramente en latín (*De Lingua Othomitorum Dissertatio*) apareció en 1837 en las *Transactions of the American Philosophical Society*, nueva serie, volumen 5, páginas 249-296. La segunda, en edición bilingüe español-latín, se publicó en México en 1845.

El segundo de los dos trabajos lingüísticos publicados por Nájera —el único que, hasta donde sabemos, concibiera y redactara en México— salió a la luz en el mismo año en que apareció su *Disertación* traducida al español, esto es en 1845. Se trata de un opúsculo de 16 páginas, redactado en francés, intitulado *Observations critiques sur le chapitre XIII du dernier volume de l'ouvrage intitulé: Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842, par Mr. Duflot de Mofras. . .* Con este trabajito, Nájera se propone evidenciar y combatir la habitual ignorancia que manifiesta la mayoría de los escritores extranjeros respecto de las lenguas de México, desconocimiento que les hace incurrir en toda clase de barbaridades cuando se refieren a dichas lenguas.

La inclinación del padre Nájera por el estudio de cuestiones filológicas-lingüísticas quedó manifestada en esos tres trabajos. En su *Disertación*, alude a su intención de escribir una *Biblioteca Filológica Mexicana*, la cual, a juzgar por los términos en los que la plantea, hubiera consistido en una especie de “Historia de la lingüística en México” (o algo muy similar a lo que, muchos años después, harían Francisco Pimentel con su *Filología Mexicana* y Francisco Belmar con su *Glotología indígena mexicana*). Pero lo cierto es que nunca echó a andar el proyecto, a no ser unos bosquejos generales que de él nos ofrece tanto en el prólogo que escribiera para la edición mexicana de su *Disertación*, como en el prólogo de su inédita *Gramática de la lengua tarasca*.

La mayoría de las personas suele identificar a los lingüistas —es decir a los individuos que se especializan en el estudio de las lenguas con objeto de analizar y explicar sus estructuras, funcionamiento, etcétera— con los *poliglotos* —esto es con los individuos que estudian las lenguas con objeto de hablarlas o, ya conociéndolas, enseñarlas para que otros las hablen. Estos últimos los ha habido prácticamente en todos los tiempos, y en muchísimas culturas. En cambio, la actividad que desarrollan los lingüistas data de hace relativamente poco tiempo.

El interés inicial del padre Nájera por las lenguas fue, con toda seguridad, el de un poligloto. Estudia las lenguas cultas —tanto las antiguas como las modernas— por las razones que impelen a todas las personas instruidas a disponer del manejo de esas herramientas: por placer y por necesidad.

Por otra parte, es casi seguro que el padre Nájera poseyera aquello que comúnmente llamamos “don de lenguas” (es decir una facilidad fuera de lo común para adquirir idiomas), pues no conformándose

con haber aprendido la mayoría de las lenguas cultas de Europa, se dedica con igual interés a estudiar algunas de las lenguas indígenas de México. Esto último lo hace en parte por curiosidad científica, en parte por la admiración y respeto que le inspiran las culturas autóctonas de México. Fray Manuel, en efecto, es uno de los pocos intelectos de aquel tiempo —es decir el periodo inmediatamente post-colonial— que repara en la necesidad de seguir estudiando esos idiomas sino que, además, los considera una parte importantísima del acervo cultural y espiritual del país.

Ahora bien, se dijo ya que el exilio decretado en 1833 contra el padre Nájera le haría cambiar el rumbo de su vida. Fue a causa de ese exilio, en efecto, que el padre Nájera pasó de mero poligloto, a lingüista, esto es a investigador de los idiomas —principalmente indígenas— desde el punto de vista científico (y no con intenciones pedagógicas, estilísticas, normativas, etcétera). Su contacto con los miembros de la Sociedad Filosófica Americana le permite darse cuenta de inmediato que el conocimiento de los idiomas puede enfocarse de distinta manera a como de costumbre se hacía y, lo más importante, que de esos enfoques podía obtenerse insospechadas conclusiones o resultados. Favorecido, pues, por el exilio, Nájera entra de pronto en contacto con la ciencia lingüística, disciplina novísima en aquellos años y aún no enteramente emancipada de la clásica y tradicional filología, pero que ya prometía grandes resultados en la solución de ciertas cuestiones. La ciencia en cuestión todavía no tenía siquiera su nombre propio ni definitivo, pues se le seguía llamando “filología”, aunque ya comenzaban a usarse de vez en cuando los neologismos “lingüística” y glotología”.

Por estas razones, y por otras que más adelante se mencionarán, el padre Nájera puede considerarse con toda legitimidad como el primer lingüista mexicano. Ciertamente es que muchos otros antes que él efectuaron, en lo que hoy es México, trabajos que actualmente nadie dudaría en clasificar como perfectamente “lingüísticos”, aspecto que ni al mismo Nájera escapa, sacándolo a relucir en Filadelfia cuando se le echa en cara que no hay lingüística mexicana. Pero la gran diferencia entre Nájera y los que le precedieron reside en el hecho de que los últimos hacían lingüística sin saberlo, mientras que el primero obra con clara conciencia de que lo que está haciendo es, precisamente, “lingüística” (término que él mismo emplea —bajo la forma *lenguística*—, dando así una de sus primeras apariciones en lengua española); esto es, *investigación científica de los idiomas*. Antes de Nájera todos los que abordaron las lenguas indígenas lo hicieron

invariablemente desde el punto de vista descriptivo y/o normativo, y con propósitos eminentemente prácticos: estudiarlas para aprenderlas y facilitar su aprendizaje a quienes tuvieran necesidad de conocerlas para la evangelización, el comercio, la educación, los litigios, etcétera.

A partir de Nájera las lenguas indígenas comienzan a estudiarse con propósitos distintos de los que acabamos de mencionar, esto es, de acuerdo con los nuevos enfoques, principios y métodos que fueron surgiendo en la lingüística.

Ahora bien, en la época en que Nájera trabó primer contacto con la ciencia lingüística —esto es a principios de la tercera década del pasado siglo— los célebres indoeuropeístas Bopp, Grimm, Schlegel y Rask habían ya publicado sus investigaciones en las que echaban las bases del método histórico comparativo, y mediante el cual se demostraba, entre otras cosas, el parentesco entre ciertos grupos de lenguas. Pues bien, Nájera no menciona, en sus escritos lingüísticos, el nombre de ninguno de esos sabios cuyos trabajos, con toda seguridad, eran ampliamente conocidos en Estados Unidos. Por lo tanto, ese silencio del padre Nájera al respecto nos impide reconstruir con exactitud el origen de sus fuentes metodológicas. Pero si no menciona ninguno de los “grandes nombres” de la lingüística de aquel tiempo, sí en cambio se apoya en la autoridad, por así decirlo, de investigadores de talla menor como Du Ponceau, Horne Tooke, etcétera, así como de algunos filósofos tanto antiguos como modernos que abordaron el estudio del lenguaje. En el prólogo de su *Gramática*, cita incluso a un tal *Clarevoix*, a quien tal vez confunde con Pierre François Xavier de Charlevoix.

Respecto de las razones concretas que lo indujeron a ocuparse de lleno en el estudio de las lenguas indígenas durante su estancia en Filadelfia, él mismo lo explica en el prólogo de su *Disertación*:

Hallándome yo en Filadelfia, en 1834, una de las novedades literarias que ocupaban á los sábios de la sociedad Filosófica Americana... era la invitación que una comisión del Instituto Real de Francia, hacia á los literatos, para que aspirasen al premio fundado por Volney, que obtendría el que mejor determinase el carácter gramatical de ciertas lenguas del Norte.

Ese concurso llama de inmediato a la atención de Nájera y posiblemente despierta de alguna manera su codicia, por lo que se refiere a la recompensa, el Premio Volney de Lingüística.

En efecto, al comienzo de esta semblanza se mencionó que la personalidad del carmelita bien valía la pena de ser estudiada desde

diferentes ángulos, incluyendo, entre otros, el moral, sobre todo para determinar su carácter y temperamento.

Sin que nos atrevamos a adentrarnos en esta cuestión —que por sí sola requeriría de un amplio estudio—, señalaremos sólo algunos puntos de interés sobre ese particular, recabados tanto de la lectura de algunos de sus variados escritos, como de noticias de sus biógrafos.

A juzgar, sobre todo, por sus escritos, la personalidad del padre Nájera que allí se trasluce, lo refleja ampuloso, teatral, vanidoso; en fin, la personalidad de un hombre a quien no desagradan las buenas cosas del mundo: el buen vivir, el lujo, el reconocimiento público y reiterado de sus numerosas dotes y cualidades. Debido a todos los méritos que adornaban su persona, el padre Nájera se había acostumbrado a “brillar”, pues había brillado de estudiante en el seminario, de prior en el convento de San Luis, de rector en el colegio de San Angel y, sobre todo, había destacado como notabilísimo orador en los púlpitos y como conferenciante y *entertainer* en los círculos sociales. Por consiguiente, ¿cómo pasar desapercibido, cómo no hacerse notar —y sobresalir— entre los distinguidos miembros de la Sociedad Filosófica Americana, durante su estancia en Filadelfia?

Así pues, tan pronto Nájera se entera del mencionado concurso, decide tomar cartas en el asunto ideando para la ocasión un proyecto tan novedoso cuanto delicado de tratamiento, a saber, la demostración de que entre las lenguas indígenas del continente americano, contrariamente a lo que se sostenía hasta entonces, había algunas que escapaban al esquema polisintético. Esto por una parte, y por otra, demostrar que ciertas lenguas amerindias, acostumbradamente reputadas de bárbaras, y de que carecían “de todo plan y orden filosófico”, no solamente eran juicios falaces sino que, además, esas lenguas tradicionalmente menospreciadas podían incluso relacionarse genéticamente con ciertas lenguas del Viejo Mundo.

Tal era el caso del otomí, lengua de linaje oscuro en relación con sus vecinas, a la que Nájera intentará por todos los medios a su alcance descubrir y demostrar su parentesco con el chino.

Ahora bien, la invitación que enviara el Instituto Real de Francia a la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia —y seguramente a otras agrupaciones de la misma índole— se refería concretamente a estudios encaminados a “determinar el carácter gramatical de las lenguas indígenas habladas en la América del Norte”. Esto es, los aspirantes al Premio Volney deberían circunscribir sus investigaciones al ámbito geográfico-lingüístico de Estados Unidos y Canadá, pues la denominación “América del Norte”, en aquel tiempo, se usaba para designar

aquella porción del Continente. Una prueba de esto último nos la proporciona el título del trabajo que presentó Pierre Etienne Du Ponceau y que obtuvo, precisamente, el galardón mencionado: *Mémoire à l'effet de déterminer le caractère grammatical des langues de l'Amérique Septentrionale, connues sous les noms de Lenni Lenapé, Mohégan, Chippeway, qui a obtenu le prix de linguistique. . .*

Sin embargo, esa restricción no desanimó al inquieto padre Nájera a participar en el asunto. Por el contrario, más bien pareció servirle de acicate, pues ¿por qué únicamente las del Norte y no las demás del Continente?

En efecto, como ya se vio, el padre Nájera no desaprovecha ninguna ocasión para echar en cara a los intelectuales de su tiempo su ignorancia acerca de las lenguas amerindias, y más concretamente de las de México. Así, al leer que en muchas obras generales de consulta publicadas en Europa y en Estados Unidos, al igual que en la literatura filológica de aquel tiempo, se consideraba a dichas lenguas como “jerigonzas indignas de fijar la atención de un filósofo” (*Disert.*, p. iv), Nájera, profundamente indignado por esos juicios nacidos de la ignorancia, emprende de inmediato una labor encaminada a reivindicar la dignidad de esos idiomas. Y al respecto declara enfáticamente: “*Yo no me avergüenzo de ser mexicano*”, como quien diría: “estoy orgulloso de todas las riquezas que posee mi Patria, entre ellas las lenguas indígenas que se hablan en su suelo”.

Motivado por todo lo anterior —incluido su deseo personal de destacar— el padre Nájera decide participar en el concurso mencionado, no obstante su desconocimiento de las “lenguas del Norte”. Él mismo dice, en el prólogo de su *Disertación*, que en un principio acarició la idea de desarrollar una investigación que diera cuenta, por una parte, de la tradición filológico lingüística de México y, por otra, de las características gramaticales de cada una de las lenguas indígenas del país, para obtener de ese conjunto de materiales diversas conclusiones de carácter científico: es su ya mencionado proyecto de la *Biblioteca Filológica Mexicana*. Si finalmente desiste de llevar a cabo esa investigación es únicamente por el hecho —dice— de encontrarse en un país extranjero, en donde no tendrá a su alcance los materiales necesarios para cumplir adecuadamente con sus propósitos. Opta pues, por desarrollar para la ocasión una disertación sobre el idioma otomí.

Ahora bien, ¿por qué sobre el otomí, y no sobre otra de las muchas lenguas de México? y, más aún, ¿por qué una “disertación”, y no otra clase de escrito?

Una “disertación” (diferente en extensión y contenido, por ejem-

plo, de un “ensayo”, de un “tratado”, etcétera) equivale a ‘razonar, discurrir detenida y metódicamente sobre alguna materia, bien para exponerla, bien para refutar opiniones ajenas’ (D.R.A.E.). Pues bien, esto era precisamente lo que el padre Nájera se proponía hacer con el otomí, una lengua sobre la que pesaba una larga tradición de calumnias en lo referente a su naturaleza o “calidad” de idioma.

En efecto, no cabe duda de que la buena o mala estima que se tenga de determinado pueblo, se extiende a la totalidad de aquello que lo identifica o que de alguna manera le pertenece. Por lo que toca a los idiomas, éstos participan directamente del prestigio o desprestigio (según sea el caso) de los pueblos que los hablan. Así, los otomís, otomíes u otomites gozaban de muy mala reputación entre sus vecinos del Centro del México prehispánico. Los aztecas, por ejemplo, tenían franca aversión y antipatía por ese pueblo, al que habían convertido en el blanco de sus críticas y de sus burlas. El idioma otomí, desde luego, no escapaba al escarnio de los aztecas.

Por consiguiente, nada mejor para Nájera que el otomí para empezar a derrumbar viejos mitos acerca del pretendido salvajismo de los idiomas indígenas.

Para llevar a cabo su empresa, solicita y obtiene el asesoramiento académico y científico del mismísimo jefe de la escuela filológica americana, el ya mencionado Du Ponceau.

Nájera poseía un conocimiento bastante amplio de la lengua otomí, pues él mismo dice que lo había estudiado y aprendido “con un excelente maestro, el Sr. Andonaegui, cura que fue de Tacubaya” (*Disert.*, p. x). Además, conocía muy bien el tratado que sobre esa lengua escribiera el padre Luis de Neve y Molina, las *Reglas de Orthographia, Diccionario y Arte del Idioma Othomi*, publicado en 1767. Y, a pesar de que varias veces critica severamente el método seguido por ese autor, termina por aceptarlo como su “guía y maestro”.

Ahora bien, como ya se mencionó, la intención de Nájera no era la de redactar un nuevo tratado gramatical sobre el otomí, sino servirse de las características de su estructura lingüística para plantear —y resolver— una serie de cuestiones teóricas. Estas cuestiones —o hipótesis— pueden a grandes rasgos reducirse a cuatro, en el siguiente orden: 1) demostrar que las lenguas indígenas de América no son todas del tipo polisintético o incorporante; 2) que en América se registran casos de lenguas monosilábicas, como lo demuestra el otomí; 3) que entre el chino y el otomí pueden existir relaciones de afinidad, y 4) probar la monogénesis del lenguaje humano para reforzar la hipótesis bíblica relativa al origen del lenguaje.

Sin embargo, dado que su trabajo iba dirigido a un público que desconocía ese idioma, Nájera no se limita al empleo de los materiales específicos que le servirían para lograr sus propósitos, sino que comienza presentando una descripción más o menos detallada de las diferentes estructuras lingüísticas del otomí. Con esta síntesis gramatical del otomí, Nájera se propone, además, superar metodológicamente a sus predecesores, incluido Neve.

Por lo que respecta al chino, idioma que al parecer Nájera desconocía hasta el momento de echar a andar su *Disertación*, se basa en la obra de Abel Remusat, *Eléments de Grammaire Chinoise*, publicada en París en 1822.

La idea de comparar los idiomas indígenas americanos con los del Viejo Mundo, concretamente con los asiáticos es, en la época de Nájera, todavía una cuestión novedosa, aunque en principio esté inspirada en los resultados obtenidos por los filólogos europeos que a principios del siglo XIX llegaron a demostrar, por vía científica, el parentesco entre la mayoría de los idiomas de Europa con algunos de Asia. Ciertamente Nájera no es el primero en plantear la posibilidad de un parentesco real y demostrable entre las lenguas de América y las de Asia, pues ya desde tiempo atrás se sospechaba la existencia de vínculos genéticos entre las poblaciones de ambos continentes. Respecto de las lenguas, el mismo Nájera, cuando cita precisamente a "Clarevoix", lo hace justamente reproduciendo una idea de éste: *Clarevoix ha dicho muy bien, que sólo por la comparación de los idiomas de los indios con los antiguos, puede conocerse el origen de los pobladores del nuevo mundo*". (*Gramática*, p. 6). El mérito del padre Nájera está en haber sido el primer mexicano que se detuvo a examinar concienzudamente esas cuestiones y, con ello, abrir nuevos cauces al estudio de las lenguas indígenas. Y Nájera no procede a la ligera, pues antes de comparar al otomí con el chino, ha ensayado ya la comparación de aquél con otros idiomas mesoamericanos (náhuatl, matlatzinca, huasteco, tarasco, cora, etcétera), e incluso con idiomas geográficamente más alejados, como el quechua del Perú.

Seguramente el padre Nájera contaba con que su destierro duraría más tiempo del que en realidad duró. Su precipitado retorno a México no le permitió siquiera dar él mismo lectura a su *Disertación* ante los miembros de la corporación para quienes iba dirigida, ni mucho menos presentarles su *Gramática de la lengua tarasca* que había compuesto con el fin de expresar su agradecimiento al pueblo americano, que lo había acogido en momentos de desgracia. Alguien más, en su nombre, dio lectura a su *Disertación* en la mencionada Sociedad, obteniendo

de inmediato no solamente completo y sonado éxito, sino además una rápida y extensa difusión a raíz de su publicación.

En efecto, las ideas y planteamientos que Nájera imprime en su célebre *Disertación*, causaron tal impacto en los medios científicos de su tiempo, que durante muchas décadas nadie osó cuestionar su validez y pertinencia. No fue sino hasta bien entrado el siglo —y muchos años después de su muerte—, cuando la lingüística había avanzado considerablemente en la investigación de esa clase de cuestiones, que las tesis de Nájera se ven superadas una a una. El conocimiento más profundo de las lenguas indígenas de México trajo como consecuencia, en primer lugar, la demostración de que el otomí no es una lengua monosilábica (o, en todo caso, que su monosilabismo no es tan perfecto para que se la pueda comparar con el chino).

Hacia finales del siglo, Francisco Belmar en México y Hyacinthe de Charencey en Francia, entre muchos otros, combatieron con armas científicas la idea ya muy arraigada del monosilabismo del otomí, así como la de su pretendido parentesco con el chino. Belmar, por ejemplo, menciona el caso del chinanteco y de otras lenguas mesoamericanas en las que él encuentra tendencias más marcadas hacia el monosilabismo, y que escaparon a la observación de Nájera y de otros.

Por otra parte, la hipótesis del origen monogenético del lenguaje, tal como se expone en el libro del *Génesis* de la Biblia (lo cual, en el fondo, era quizás lo que Nájera más ansiaba demostrar, es decir la unidad racial y lingüística del género humano) finalmente se vio sustituida por otras hipótesis más acordes con los avances de las diferentes ciencias que abordaron esa cuestión.

Es verdad que la *Disertación sobre la lengua otomí* del padre Nájera adolece de muchos defectos, pero no por ello podemos dejar de reconocerle sus méritos. Entre éstos está el relacionado con el planteamiento mismo de la cuestión, la cual Nájera desarrolla tan magistralmente, que logra convencer en su tiempo hasta el más recalcitrante de sus opositores.

Lo que sí se puede reprochar al padre Nájera es el no haber cumplido satisfactoriamente su empresa, al no haber logrado desterrar para siempre los prejuicios que pesaban sobre el otomí y, en general, sobre la mayoría de las lenguas indígenas. Uno esperaría que al haber escogido al otomí como objeto de una disertación académica, le haría por lo menos justicia en cuanto a tratar de disipar las opiniones negativas relativas a su supuesta imperfección salvajismo, dureza, agresividad (al oído), etcétera. Lejos de demostrar lo contrario, Nájera da con frecuencia la impresión de buscar y hallar nuevos argumentos para

confirmar esas ideas negativas. Incluso cuando encuentra en el otomí algo que le parece un acierto gramatical, se apresura a remitirlo a la influencia de lenguas "más perfectas", incluyendo desde luego a la castellana y a la latina. Contribuye, seguramente sin quererlo, a dar la razón a aquellos que opinaban que las lenguas indígenas no eran más que "jerigonzas indignas" de cualquier análisis científico.

El verdadero y más importante valor del trabajo de Nájera sobre el otomí fue el de propiciar el surgimiento de un marcadísimo interés por el estudio de esa lengua, tanto en México como en el extranjero. En efecto, desde mediados del siglo pasado —es decir poco después de la publicación en México de la *Disertación*— se observa un inusitado interés por desentrañar los misterios de esa enigmática y menospreciada lengua. En Francia, en Alemania y en Italia aparecen publicadas traducciones del *Arte* de Neve, en Bélgica Charles d'Harlez compone un nuevo tratado de gramática otomí. En México, Belmar, Pimentel, Peñafiel, etcétera, le consagran no pocos de sus escritos; pero el caso quizá más digno de mención, por su rareza, sea la *Disertación* compuesta por Gumesindo Mendoza en el año de 1872, y que apareciera publicada en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Esta vez, el otomí es empleado para ejemplificar una hipótesis naturalista sobre el origen del lenguaje.

Fue una verdadera lástima que fray Manuel Nájera, a su regreso a México, no volviera a ocuparse en el estudio de cuestiones lingüísticas con el mismo ímpetu con que lo hizo durante su breve exilio en Estados Unidos. El 16 de enero de 1853 —a los 53 años de edad— falleció víctima de una enfermedad que le ocasionó un "*reblandecimiento cerebral, que produce el exceso del estudio...*"

BIBLIOGRAFÍA

- ALAMÁN, Lucas y Francisco Lerdo de Tejada: *Noticia de la vida y escritos del reverendo padre fray Manuel de San Juan Crisóstomo... del apellido Nájera en el siglo...*, México, Impr. de Ignacio Cumplido, 1854.
- BELMAR, Francisco: "¿Existe el monosilabismo en las lenguas de México?", en *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (sesión de Buenos Aires), p. 176-191, 1910.
- : *Glotología Indígena Mexicana*, México, edición del autor, 1921.

MENDOZA, Gumesindo: "Disertación sobre la lengua otomí" ("El otomí es un modelo del origen de las palabras en las lenguas madres, y un ejemplo de cómo procedieron las razas primitivas para formar un idioma"), en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2ª época, t. iv, p. 41-52 (ver también allí mismo las observaciones de F. Pimentel, p. 224-236; la respuesta de G. Mendoza a esas observaciones, p. 440-453, y la réplica final de Pimentel, p. 629-636).

NÁJERA, fray Manuel de San Juan Crisóstomo: "De Lingua Othomitorum Dissertatio", en *Transactions of the American Philosophical Society*, new series, v. 5, p. 249-296, Filadelfia, 1837.

———: *Disertación sobre la lengua othomi*, México, Imprenta del Águila, 1845.

———: *Observations critiques sur le chapitre XII du dernier volume de l'ouvrage... par Mr. Dufлот de Mofras...*, México, Impr. de Vicente G. Torres, 1845.

———: *Gramática de la lengua tarasca*, 1ª edición, Morelia, 1870; 2ª edición, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2ª época, t. iv, p. 664-684, México, 1872; 3ª edición: México, 1944 (Edición de Joaquín Fernández de Córdoba).

ORMACHEA Y ERMAIZ, Juan B.: *Oración fúnebre que en las solemnes exequias del M.R.P. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo... pronunció...*, México, 1854.

SOSA, Francisco: *Biografías de Mexicanos Distinguidos*, México, 1884.

The first part of the book is devoted to a general theory of the firm. The author starts with a simple model of a firm that produces a single output using a single input. The firm's production function is assumed to be concave and increasing. The firm's cost function is assumed to be convex and increasing. The firm's profit function is assumed to be concave and increasing. The firm's optimal output level is determined by the first-order conditions of the profit function. The author then generalizes this model to a multi-input, multi-output setting. The firm's production function is assumed to be concave and increasing. The firm's cost function is assumed to be convex and increasing. The firm's profit function is assumed to be concave and increasing. The firm's optimal output levels are determined by the first-order conditions of the profit function.

The second part of the book is devoted to a general theory of the market. The author starts with a simple model of a market with a single good and a single agent. The agent's utility function is assumed to be concave and increasing. The agent's budget constraint is assumed to be linear. The agent's optimal consumption bundle is determined by the first-order conditions of the utility function. The author then generalizes this model to a multi-good, multi-agent setting. The agents' utility functions are assumed to be concave and increasing. The agents' budget constraints are assumed to be linear. The agents' optimal consumption bundles are determined by the first-order conditions of the utility functions.

The third part of the book is devoted to a general theory of the economy. The author starts with a simple model of an economy with a single good and a single agent. The agent's utility function is assumed to be concave and increasing. The agent's budget constraint is assumed to be linear. The agent's optimal consumption bundle is determined by the first-order conditions of the utility function. The author then generalizes this model to a multi-good, multi-agent setting. The agents' utility functions are assumed to be concave and increasing. The agents' budget constraints are assumed to be linear. The agents' optimal consumption bundles are determined by the first-order conditions of the utility functions.